

INAUGURACION DE LA ACADEMIA PERUANA

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA

Con distinguida y numerosa concurrencia de señoras, cuerpo diplomático, catedráticos, hombres de letras, periodistas y estudiantes, se efectuó el 8 de diciembre de 1917, en el salón general de actos de la Universidad de San Marcos, la anunciada sesión inaugural de la Academia Peruana.

A las cuatro y media, hora en que llegó el Presidente de la República acompañado del Gabinete y Casa Militar, encontrábase la sala llena de los concurrentes a la culta actuación. Tomaron asiento en el estrado, a los lados del Jefe del Estado, los representantes diplomáticos del Brasil, Bolivia, Uruguay, México, China, los miembros del Gabinete, catedráticos y los académicos señores doctores Javier Prado, Alejandro Denstua, Mariano H. Cornejo, José de la Riva Agüero, José Gálvez, José M. de la Jara y Ureta, Felipe Barreda, Enrique Castro Oyanguren, Juan Bautista de Lavalle, Víctor Andrés Belaunde. El señor Ricardo Palma, director de la Academia, que no pudo asistir, encomendó la lectura de su discurso al doctor Víctor Andrés Belaunde, quien con clara dicción leyó lo siguiente:

DISCURSO DE DON RICARDO PALMA

«Señor Presidente de la República:

Señores:

»Treinta años ha que me cupo la honra de recibir, en calidad de decano de los miembros correspondientes de la Real Academia Española, la autorización de ésta para que se constituyera en el Perú, con el personal existente, una institución que, con el nombre de *Academia Peruana, correspondiente de la Española*, fuera como una prolongación de la Corporación metropolitana, y como ella tuviera por misión el velar por la pureza del

idioma y la cultura literaria, a la vez que estrechar los vínculos de afecto y solidaridad espiritual entre el viejo tronco latino y esta rama territorial lejana de la raza, en la que corre aún vigorosa la savia étnica y mental de ese pueblo alocado y lírico, sentimental y alegre, que, fanático de sus gloriosas tradiciones y conservando su tipo caballeresco en la Historia, no se apea de Rocinante, sino que lo pone al paso de las locomotoras y de los autos en la persecución de esa eterna Dulcinea de la humanidad que se llama Progreso

»En esta misma sala de la Universidad más antigua de América, el 30 de agosto de 1887, acompañáronme en la solemne inauguración de la Academia Peruana once miembros correspondientes de la Española, que conmigo formaron la nueva Corporación; sólo dos hemos sobrenadado encima de la onda negra de la muerte, en la que se hundieron diez preclaros intelectuales, a los que me permitiréis, señores, que consagre un rápido y cariñoso recuerdo, satisfaciendo natural exigencia de mi cansado espíritu, adonde llega, en este momento de renovación de energías de la Academia Peruana, el reclamo de una palabra afectuosa que dirigen de ultratumba esos diez camaradas a su antiguo decano, a quien el destino ha consentido la satisfacción y el honor de intervenir por segunda vez en la organización de este alto Centro de cultura literaria.

»José Antonio de Lavalle fué el primer director de la Academia Peruana. Profundo conocedor de las galanuras y bizarrías del buen decir clásico español, su prosa, cristalina y depurada, parecía un raudal desprendido de claro arroyo, en que corrió la verba castellana en las épocas de más alta nobleza léxica, y deja la impresión de esa difícil facilidad a que aspiran todos los que en la obra literaria se preocupan, no sólo de la concepción, sino de la forma pura, pues la pureza de la forma no es sino la justicia con que la palabra oral o escrita interpreta el pensamiento. No siempre el ideal bien sentido y bien concebido encuentra la interpretación precisa, por la que el pensamiento que emerge del misterioso antro espiritual del escritor penetra en toda su integridad sin desviaciones, equívocos ni mermas en el alma del lector culto. Se necesita una gran compenetración de los secretos del idioma, como la tenía Lavalle, para realizar sin esfuerzo la cristalización perfecta de la idea en la forma. El idioma castellano es de una riqueza maravillosa de léxico, y todas las sutilezas, variantes y derivaciones del concepto tienen el vocablo que se ajusta al matiz ideológico correspondiente, y cuando no es la misma palabra, es el giro u ordenación sintáctica el que dibuja el pensamiento con la nitidez y precisión convenientes. Maestro eximio en el manejo del idioma, Lavalle fué propuesto a la Academia Española como miembro correspon-

diente en 1879. Sus más importantes trabajos, además de sus numerosos discursos críticos, históricos y políticos, son las monografías sobre *Don Pablo de Olavide, su vida y sus obras*, y las tituladas *Antequera; Valdés, O'Higgins, Abascal y La Pericholi*. Lavalle percibió con su fino instinto crítico el gran venero que representa nuestra típica vida colonial para la explotación artística, y ensayó con éxito una pequeña novela, *La Hija del Contador*. Por desgracia para las letras nacionales, y cuando se proponía escribir obras de mayor aliento en el género, le arrebató la inevitable Intrusa.

»Cuando se instaló la Academia Peruana acababa de ser propuesto, y aceptado por la Academia metropolitana, el señor Félix Cipriano Coronel Zegarra, cultísimo escritor y estudioso bibliógrafo, cuya labor dispersa sería útil recopilar. Espíritu reposado y sereno e inteligencia clarísima, había sedimentado en ella una erudición vasta y sólida en materia histórica, bibliográfica y filológica, y lo poco que publicó fué suficiente para que los que se dedican a los estudios literarios vieran con respeto y admiración a tan distinguido intelectual, siendo uno de sus trabajos de investigación más notables la monografía bibliográfica sobre Santa Rosa de Lima. Poco después de instalada la Academia Peruana, la muerte nos arrebató prematuramente, cuando se encontraba en todo el vigor de su talento, a tan distinguido intelectual, que entiendo ha dejado importantes trabajos inéditos, cuya publicación conceptúo un deber que nuestra Institución podría cumplir en homenaje a literato de tan altos méritos.

»Pedro Paz Soldán y Unánue, de ilustre abolengo intelectual, fué el tercero de los académicos que nos abandonó. Fué el ingenio más complejo y el espíritu más atormentado de su generación. Clásico por escuela, por antecedentes culturales y por nativa orientación de su inteligencia, en la natural fructificación de sus aficiones buscó la corrección de la forma y la pureza de la expresión; pero las tempestades morales de su vida contradictoria y la constante inquietud de su alma formaron el ambiente moral de su producción literaria y le hicieron romántico en la dirección amarga e irónica de un humorismo criollo, laceante y zumbón de sí mismo y de todos. Contribuyó a la filología americana con su *Diccionario de peruanismos*, obra de positivo mérito, con la que puso su nombre a la altura de los Baralt y los Cuervo.

»Luis Benjamín Cisneros, el dulce y tierno poeta, con quien me ligara estrecha fraternidad electiva, fué una inteligencia fuerte y un gran corazón. Su obra literaria fué sobria, pero intensa. El destino tuvo injusta dureza con el poeta, condenándole, en la época de su madurez intelectual, al cruel suplicio de parálisis e impidiéndole terminar su magistral poema *Aurora*

Amor, noble y hermoso canto, cuya introducción le consagró como uno de los poetas más inspirados de América. En 1897 se cumplió con Cisneros un acto de justicia y de desagravio contra la iniquidad del destino: el Ateneo de Lima y todas las instituciones literarias de la República, recogiendo los sentimientos de admiración y simpatía al egregio y desventurado poeta, que palpitaban en todas las almas, pusieron solemnemente, en sesión memorable, una corona de laurel sobre la frente pálida del poeta predilecto. Cisneros fué escritor de atildada y correcta forma, y por muchos años desempeñó la secretaría de la Academia. Murió en 1904.

»Poco después, otro poeta de la Academia, Ricardo Rossell, alma atormentada como la de Hamlet por la duda y la preocupación del misterio de la vida, partió para la eternidad. La obra literaria de Rossell es valiosa y representa, en algunas de sus composiciones, en las que se caracteriza la personalidad del poeta, un aspecto de nuestra poesía filosófica, salvando el prosaísmo que es, a menudo, el escollo de la musa grave y meditadora.

»César Goicochea también fué cultivador de la poesía, en la que descolló con dos o tres poemas de hermosos y elevados conceptos y forma cuidada. No hizo labor nutrida; pero lo poco que escribió revela la solidez de su cultura artística. Con su muerte desapareció el último poeta de la Academia Peruana.

»El segundo director de la Academia Peruana fué Francisco García Calderón, jurisperito de primer orden y hablista de inmensa versación literaria. El *Diccionario de Legislación peruana* es, no sólo un monumento de inestimable valor por la erudición artística que se ha vaciado en él, sino que es un modelo de corrección léxica y riqueza verbal y conocimiento profundo de los secretos resortes del idioma que distinguían a tan eminente escritor y pensador. Además de su inmortal libro, la obra literaria de García Calderón está en sus numerosos discursos y disertaciones, saturados de doctrinas y conceptos elevados y nuevos, expuestos en la forma elegante, clara y correcta en que habitualmente se desenvolvía el pensamiento en cerebro tan privilegiado. García Calderón murió en 1906, desempeñando la dirección de la Academia y el rectorado de la Universidad. Su talento florece en dos de sus hijos, que se han consagrado a las letras con éxito brillantísimo, y uno de ellos, nuestro compañero en la Corporación que hoy resurge, hace honor al sitio que ocupara su ilustre padre.

»Dos sacerdotes, tan virtuosos como ilustrados, integraron esta Institución: monseñor Manuel Tovar, que fué Arzobispo de Lima, y monseñor José Antonio Roca. Ambos sacerdotes se consagraron con verdadero cariño a las letras y tuvieron la base de

una extensa cultura filosófica y literaria. Las obras del primero acreditan los altos méritos que le hicieron obtener la distinción de que la Academia Española le nombrara su miembro correspondiente en la vacante dejada por nuestro insigne e irreemplazable historiador general don Manuel de Mendiburu. Periodista de verbo ardiente y de frases arquitecturadas, con la propiedad y corrección derivadas de una feliz compenetración con las elegancias de nuestra lengua, monseñor Tovar, mientras los absorbentes cuidados espirituales de su elevada jerarquía no le sus trajeron de esta Institución, prestó en ella importantes servicios. Monseñor Roca, suave y bondadoso espíritu de místico, tuvo como hablista una personalidad de gran relieve entre nosotros, y no hay una sola de sus piezas oratorias que no sea un verdadero modelo retórico por la finura, perfección y elegancia de sus períodos, y que, lejos de ser mosaicos fríos de rebuscamiento, son, por el contrario, vibrantes de espontaneidad y frescura, de candor espiritual y de ardoroso sentimiento, como tenía que ser en la producción propia de un alma consumida por el fuego de una fe sincera y de una piedad ilimitada. Aún se conserva en el recuerdo el discurso que en actuación semejante a ésta pronunciara monseñor Roca, exaltando las excelencias de la facultad más humana de la vida de relación: la palabra.

»El último de nuestros venerados compañeros que nos dejara fue Eugenio Larrabure y Unánue, distinguidísimo escritor y estudioso investigador en materia histórica, por la que tuvo especial predilección. En sus obras se ve la seriedad con que se consagró su espíritu, ávido de conocimientos, a los estudios arqueológicos, a la vez que cultivaba con especial disciplina la forma correcta y clara de los escritores españoles más elegantes del siglo XVIII.

»Tales fueron, señores, los eminentes literatos que os han antecedido en esta Academia, a la que venís a aportar vuestras energías y vuestro talento y a darle nueva vida, robusteciendo a la par la vinculación espiritual de la raza americana con España, vinculación indestructible mientras España y América estén unidas por el nexo del idioma. No necesito recordar la valiosa contribución que la América hispana ha prestado en la obra de enriquecimiento y evolución progresiva del habla de Cervantes. Bastará citar los nombres de don Andrés Bello, ese genial reformador de las leyes del idioma castellano, que, apartándose de las rutinas consagradas, encontró en fuentes frescas y propias los principios de salud y libertad que deben compenetrarse en la evolución del lenguaje español y en su técnica; de Felipe Pardo y Aliaga, nuestro ilustre compatriota, el que en mis primeros años de vida literaria me alentó con sabios y benévolos consejos y que supo incorporar la gracia criolla dentro de la índole del

idioma castellano, enriqueciéndolo con un nuevo matiz hasta él desconocido; de Rufino Cuervo, el más erudito y de los investigadores de las bellezas y escorias del idioma, y de Juan Montalvo, ese prodigioso hablista, que dió al castellano nuevas ductilidades y se atrevió a imitar, como acto de homenaje y admiración, el libro inimitable. Y muchos más son los escritores que nuestro Continente ha producido para prestigio y provecho de este noble, rico y hermoso idioma castellano, que tan bien se ciñe a todas las direcciones del pensamiento y a todos los matices de la idea.

»Aclaradas casi totalmente las filas de los académicos peruanos por la acción aniquiladora de la muerte en el decurso de treinta años. ha creído la Academia Española justo y oportuno reconstituir las diversas corporaciones corresponsales de América, llenando los vacíos con los escritores que se han venido distinguiendo por la importancia y valor de su labor literaria, y acordó dirigirse a los directores y decanos de las diferentes Academias hispanoamericanas para que reorganizasen las respectivas Corporaciones, haciendo nuevas propuestas de académicos, hasta integrar la cifra de 18, de que debe constar cada una de las Academias corresponsales. Con fecha 12 de abril de 1917 recibí la comunicación del secretario perpetuo de la Academia, el notable crítico y comentador de los escritores del Siglo de Oro, señor Cotarelo y Mori, en que ponía en mi conocimiento la aceptación de los académicos por mí propuestos, acuerdo que me proporciona la inmensa satisfacción de ver por segunda vez el establecimiento de una Institución de alta cultura constituida por un personal selecto que, por su índole mental, servirá para desvanecer el erróneo concepto que siempre se ha tenido sobre el espíritu esencialmente conservador de las Academias. Creo oportuno repetir aquí lo que dijera hace treinta años. «Las Academias no pueden ser refractarias a la ley de renovación de elementos y de ideales que es la ley del progreso, así en las esferas de la sociabilidad como en las de la ciencia y el arte. Quiera el cielo, señores, que inspirándonos en la gloriosa tradición de nuestros estimadísimos compañeros de la Real Academia Española y en el ejemplo envidiable que en 1791 nos dieron los peruanos que crearon la académica sociedad de *Amantes del país*, nosotros, por nuestra perseverancia en el trabajo y por la íntima cordialidad de afectos en nuestras relaciones personales, sepamos hacer obra útil y durable. Que la discordia no vierta su ponzoña en la copa de nuestras delectaciones literarias, y en el seno de la Academia seamos hermanos por la fraternidad que el arte crea.» Pienso, señores, que la misión que toca a la Academia Peruana en esta nueva etapa de su actividad debe ser de reacción contra la depravación de los ideales estéticos y con-

tra la corrupción del noble idioma castellano con que las modernas generaciones literarias, por snobismo y falta de lastre cultural, más que por sincera tendencia evolutiva, están pervirtiendo el arte literario. Creo que el progreso lleva invenciblemente a la transformación de las ideas y a la ampliación de horizontes; pero el progreso no es la demagogia ni la vesania, no es el artificio ni el bandidaje del arte, ni la negación de los ideales, ni la destrucción brutal de todas las pragmáticas sacadas de la labor artística de veinte siglos. Debemos transigir con el modernismo en lo que tiene de renovación, de frescura, de nuevos puntos de vista y de ampliación de conceptos artísticos; pero la Academia Peruana, si cumple su deber de control de las formas literarias y de limpieza del idioma, debe condenar las torpezas vacuas de contenido estético y moral, las bastardas orientaciones del pensamiento poético, las monstruosas desviaciones del ideal lírico y el desmedro de nuestras letras, a que está conduciendo la falta de seriedad y solidez con que la juventud aprovisiona su inteligencia y adopta fácilmente las extravagancias y perversiones del ideal, por la comodidad y facilidad que significan toda falta de técnica y de respetos. Volver a despertar la veneración por los grandes maestros españoles y americanos y el gusto por el arte clásico, no porque sea antiguo, sino porque es bueno, sería una obra de salud espiritual que la Academia Peruana, la Universidad y el Ateneo de Lima podrían llevar a buen término.

»Señor Presidente de la República:

»Debo agradeceros el honor que dispensáis con vuestra asistencia a esta actuación, que nos revela que, respondiendo a vuestros antecedentes, otorgaréis en vuestro Gobierno a la Academia Peruana la protección que a todos los Gobiernos cultos merecen instituciones de esta índole.

»Señores:

»Inmovilizado en mi retiro por el peso abrumador de mis ochenta y cinco años, no me es posible el goce inefable de asistir a la instalación de nuestra remozada Academia; pero en mi fatigado espíritu de veterano de las letras, que no tuvo más virtudes que el entusiasmo y la perseverancia, me siento cerca de vosotros y os doy mi saludo más afectuoso, a la vez que hago votos por que nuestra Academia realice con el más brillante éxito la misión de cultura social y de vinculación espiritual con la madre Patria, que es la alta finalidad de su fundación. He dicho.

RICARDO PALMA.»

A continuación, el doctor D. Javier de Prado, encargado de la dirección de la Academia, dió lectura a un conceptuoso discurso y brillante trabajo sobre *El genio de la lengua y literatura castellana*, admirable síntesis crítica sobre la evolución literaria en España y el Perú, de la que tomamos los siguientes

FRAGMENTOS DEL DISCURSO DEL DOCTOR PRADO

«En el fondo de la lengua palpita el alma de la raza. ¿Cuál es el valor psíquico del habla castellana? Es el de una lengua que ha vivido, ha amado, ha soñado intensamente. Existe en su espíritu un contraste, una contradicción, un conflicto radical debido a los múltiples elementos que han formado su raza, su historia y su lengua, dividiendo su alma en dos partes: una de un realismo que ha luchado en la vida, que ha llevado el esfuerzo y la acción hasta la exaltación del heroísmo y del sacrificio, que ha hecho arder en el fuego de su pasión todos los sentimientos humanos y que ha penetrado con sus energías en todas las cosas de la vida; y la otra corriente es la de un intenso idealismo que encadena al sensualismo de sus ardientes carnes en un misticismo exaltado, que eleva su espíritu a lo sobrenatural y maravilloso, que mira con desapego y desdén las labores, los bienes y los intereses materiales, y que coloca su corazón en sentimiento y en ideales de fe, de honor, de generosidad y desprendimiento, frente a la vida y a la muerte.

»En ese doble espíritu, la realidad y el ensueño, el pensamiento y la emoción, el dogmatismo y la rebeldía, la autoridad y la protesta, el ardor y la indiferencia, el impulso y la inercia, producen contrastes maravillosos de fuerza y de abandono, de grandeza y de sencillez, de caballerosidad y truhanería, de severidad y de humorismo, de rectitud y picardía, de ingenuidad y de malicia, de alegría y de tristeza, de dolor y de esperanza, como sus campos y sus vergeles de luz y oro de Andalucía, o sus tierras desoladas de la Mancha, o las montañas ásperas y obscurecidas de Asturias, de Vizcaya o Sierra Morena, o como las alucinaciones torturantes de los lienzos de un Zurbarán o de un Ribera *el Viejo*, o las líneas o perfiles etéreos, angustiosos, trágicos de un Greco, o las divinas iluminaciones de Murillo, o las luces y las sombras, el colorido y el movimiento, las figuras y escenas de magia y fascinación de Goya, o el realismo maravilloso del genio soberano de Velázquez, que en el lienzo aprisiona para siempre a la imagen, al color y a la vida.

»El conflicto del destino humano, presente y futuro; el fondo ético de la existencia, sometido a severas normas o rebeldes a sus leyes y disciplinas, en un dualismo permanente de optimismo y de pesimismo, de tragedia y de comedia humana, todos son

elementos y valores que se agitan y asedian el alma de esta raza, y que, en su lengua, viven una vida de realidad y de leyenda.

» Tal fué, en su materia y en su espíritu, en su fondo y en su forma, la lengua y la literatura castellana, la que en su siglo de oro produjo líricos insignes como Garcilaso de la Vega, fray Luis de León, Fernando de Herrera, Francisco de Rioja, Rodrigo Caro; épicos como fray Diego de Ojeda, Alonso de Ercilla, Bernardo de Balbuena; dramáticos como Lope de Vega, Tirso de Molina, Ruiz de Alarcón, Francisco de Rojas, Agustín Moreto y el gran Calderón de la Barca; historiadores como el padre Juan de Mariana, Diego Hurtado de Mendoza, Francisco de Moncada, López de Gómara, Francisco de Melo, Antonio de Solís, fray José de Sigüenza, Pedro Cieza de León y nuestro gran Garcilaso; moralistas y políticos como Antonio de Guevara, Antonio Pérez, Diego de Saavedra Fajardo y el extraordinario y múltiple ingenio de Francisco de Quevedo, príncipe, a la vez, de la Sátira; novelistas como Diego Hurtado de Mendoza, Mateo Alemán, Vicente Espinel, Vélez de Guevara, y los místicos maravillosos como aquel fray Luis de Granada, el maestro de la oratoria religiosa, que llamaron sus contemporáneos el Ángel de la elocuencia sagrada, que había venido a santificar la lengua castellana con sus divinos escritos; como aquella Santa Teresa de Jesús, la de los *Caminos de perfección a la divina morada*, que hablaba con su Dios un apasionado lenguaje de amor, del que otro gran místico español dijo que el ardor grande que en aquel pecho santo vivía salía como pegado en sus palabras, de manera que levantaban llama por dondequiera que pasaban, como aquel fray Luis de León, que, por *escondida senda*, con dulzura y belleza purísimas, cantaba y escribía a los Cielos y a la tierra; como aquel fray Juan de la Cruz, el doctor *Estático*, cuyas obras, dice Menéndez y Pelayo, “infunden” religioso temor al tocarlas. Por allí ha pasado el espíritu de “Dios, hermo세ándolo y santificándolo todo.”

”Y en medio de esta inmensa y resplandeciente constelación de insignes escritores se destaca y se eleva, único, avasallador, incommensurable, el genio de Cervantes.

”En él tuvo la lengua castellana su más asombrosa encarnación. El idioma, en las obras de Cervantes, es oro nativo, es el lenguaje espontáneo, lleno, centelleante de vida y de armonía, en el que Cervantes fundió de modo prodigioso el habla popular, en toda su frescura y bizarría, en su natural y substanciosa originalidad, en su gracia y colorido, en su intención y malicia, en su sana y sentenciosa experiencia del mundo, de sus adagios, proverbios y refranes, con la corrección, con la

hermosura y distinción culta, arrogante y señorial del arte clásico, instrumentos ambos de energía y belleza fascinadora en las obras del maestro maravilloso de la lengua castellana.

"Es inútil fatigarse en buscar el pensamiento esotérico de Cervantes en el *Quijote*, y es, a la vez, criterio pequeño y extraviado el medir su obra únicamente como crítica de la vida y de la literatura caballeresca en boga en España. La concepción de Cervantes, como *La Ilíada*, como *La Divina Comedia*, como el *Hamlet*, por encima de todo plan premeditado, es la obra espontánea, inmensa, de energías y de fuerzas seculares súbitamente despertadas y agitadas en la inspiración del genio superior que, impulsado por ellas, descubre y penetra, aun sin saberlo, en el alma de su raza y en el fondo del pensamiento y del corazón humanos.

"Don Quijote tiene valor supremo. Es ficción de romance caballeresco, es obra de prodigio, en que se vive, se sueña y se ríe; el genio de Cervantes ha cogido las arterias del alma de su raza, y ha hecho surgir con vida eterna la imagen del caballero de la Mancha, del noble y valeroso castellano, en sus sentimientos y en sus anhelos de heroicidad, de justicia y de gloria, en contraste y lucha con el realismo de la vida y de sus impulsos y apetitos materiales y egoístas.

"Y al apoderarse de las raíces del alma de su pueblo, ha llegado Cervantes a lo más hondo del conflicto humano, entre el espíritu que se liberta y se eleva y la materia que subyuga y esclaviza, entre los generosos y libres ideales y los rudos choques y cadenas de la vida: sus crueles ironías, que desgarran el corazón, arrastrado por las risas y el desdén del vulgo. Y este conflicto del bien y del mal, del optimismo y del pesimismo, no tiene en la obra de Cervantes el carácter de la tragedia shakesperiana, que estremece, que aterroriza y que anonada, sino el de la firme y tranquila entereza, melancolía y desprendimiento del Caballero, que, al chocar con los bajos fondos del egoísmo, del interés y de la falsía humanos, se mantiene íntegro e incorruptible en su generosidad y su grandeza de alma.

"Tú, noble y valeroso don Quijote, hombre bueno y recto, intachable caballero de corazón magnánimo incapaz de falsía, protector de la mujer, generoso con el desvalido, altivo ante los soberbios, humilde con los débiles, desdeñoso de la adversidad; tú, que mirabas con despego los intereses y los bienes de la tierra, sus apremios y apetitos materiales; que tropezabas sin mancharte, pero indulgente, con las resistencias, las burlas, las astucias y socarronerías del vulgo; que sentías su sordidez y su vocinglería; tú, que, benévolo, pero inquebran-

table, escuchabas y contradecías sus dichos y sus consejos, sus máximas y sus sentencias refranescas; tú, que querías ganar a los hombres a la fiebre de los más altos y generosos empeños; tú, soñador sublime, has recorrido las tierras, has cruzado los mares; tú fuiste el héroe de la epopeya de la Reconquista; el hidalgo y recio caballero de los fueros castellanos, de las severas grandezas de Carlos V y de Felipe II; el que ensanchó el mundo; el que conquistó la América para su Rey y para su Dios, y quiso, en nobilísimo y vano empeño, conducir a los hombres, limpios de egoísmos y de impurezas, por rutas de justicia y de bondad; tú, visionario prodigioso, que cuando volviste al mundo de la realidad y exhalabas tu último aliento no tuviste palabra de rencor, sino que, sereno y conforme, te extrañaste sólo de que los hombres te hubieran considerado necio porque habías sido bueno, y al entregar, creyente, tu alma al Ser Supremo les otorgaste generoso perdón; tú has redimido a la especie humana con el idealismo y el ensueño de tu divina locura, purificadora de las vanidades y de las miserias humanas.

”¡Espíritu inmortal de Cervantes! ¡ Con justicia la intuición fiel de tu pueblo siente tu gloria incomparable y encarna en tu genio el alma y la lengua de su raza!

.....

”En el estudio de la República deseo, al concluir, rendir por breves momentos respetuoso homenaje a tres grandes personalidades, representativas en el pasado de su vida literaria: el historiador Manuel de Mendiburu, el poeta Luis B. Cisneros y el tradicionista Ricardo Palma.

”Manuel de Mendiburu siguió la carrera de las armas, en la que alcanzó los más altos grados; pero en medio de sus imperiosas obligaciones y de una vida política agitadísima se consagró al estudio de la historia nacional con devoción ejemplar, con el altísimo, abnegado e inquebrantable sentimiento patriótico, con el que realizó el prodigio de escribir el asombroso *Diccionario Histórico Biográfico del Perú*, que comprende hasta la época de la República, pero del que sólo está publicada la parte de la dominación española.

”El propósito de dar las noticias más circunstanciadas lo llevaron a adoptar en su obra la forma de diccionario, en la que el sabio escritor hace la historia minuciosa de los hechos, acontecimientos, nombres, fechas, datos más pródigos, como que se hubiera encontrado dominado por una fiebre interior que le imponía, en destino misterioso y providencial, salvar un pasado que, sin su noble y patriótico esfuerzo, estaría perdido para su país.

"Tal es la impresión que produce y el valor que tiene el *Diccionario* de Mendiburu. No es, ciertamente, obra de construcción general; es obra de análisis, de historia externa, en la que se siente la falta del calor de la vida de las almas y las generalizaciones científicas y filosóficas; pero hay que considerar el medio y la época en que Mendiburu escribió y la dificultad de poder entonces llegar a concepciones y organizaciones históricas cuyos métodos y leyes no eran aún conocidos en nuestro país. A pesar de ello, la obra de Mendiburu posee las excelsas cualidades de profundidad, de saber y de majestad propias de los grandes historiadores latinos.

"Su estilo, de un clasicismo puro, vigoroso y sobrio, es de un maestro insigne de la Historia y de la Lengua, y su contenido en el material que atesora es de tal magnitud e importancia, que apenas se concibe cómo un solo hombre, de una vida como la del general Mendiburu, sin la quietud, sin los auxiliares, sin el apoyo ni ambiente favorables, haya realizado la labor enorme y asombrosa de investigación, de ciencia y de amor a la historia nacional, que representa su monumental *Diccionario*, digno de profunda gratitud para su país, al que le marca el deber de seguir su ejemplo y de hacer la obra definitiva de su historia; nobles estudios en los que se forma y vigoriza el alma de un pueblo y adquiere las más hondas experiencias de su vida y de sus destinos.

"Luis Benjamín Cisneros es, en el siglo XIX, el príncipe de los poetas de nuestro pasado literario. No me refiero al del primer período, al de la influencia romántica, ni al poeta dramático de la *Bandera nacional* y *Alfredo el Sevillano*, ni al de las composiciones breves y familiares, sino al poeta excelso, al triunfador en la *Elegía a la muerte del rey don Alfonso XII*, que obtuvo el primer premio en el Certamen Internacional de la Habana de 1886, y al del poema *Aurora Amor*.

"La obra de Cisneros no es abundante; pero la cantidad no constituye la excelencia. Con la sola *Elegía a las ruinas de Itálica* su autor alcanzó la inmortalidad, como la obtuvo Olmedo con su *Canto a la victoria de Junín*. De igual modo, Cisneros, con sus admirables cantos líricos, es digno de figurar entre los grandes poetas castellanos del siglo XIX. El sentimiento tiene en él una intensidad exquisita. Su verso es de una rima de estructura tan clásica y esmerada como flexible y armoniosa, de riquísima habla castellana, y de un gusto literario delicadísimo, que sirve de forma primorosa y espléndida a la elevación, a la profundidad y a la grandeza de los pensamientos e imágenes del incomparable poeta. Alevosa y fatal dolencia no permitió a Cisneros concluir su poema *Aurora*

Amor; pero lo que de él existe justifica el entusiasmo y el respeto con que la ciudad de Lima coronó a su ilustre e infortunado poeta y le entregó los legítimos blasones de soberana nobleza. Obsérvase en la inspiración y en el arte literario de Cisneros la influencia evidente de Núñez de Arce; pero el poeta peruano puede ocupar digno asiento al lado del gran poeta español. El fondo de melancolía y de pesimismo que enluta la lira del cantor de *Lord Byron* se convierte en Cisneros en un altísimo canto de optimismo y de esperanza, en un himno grandioso a la civilización y a los destinos de un mundo nuevo, de una aurora de amor, de belleza, de progreso y de fraternidad entre los hombres.

"Cisneros canta:

No, no es la musa de crueldad y llanto,
de gracia a veces, la que a mí me inspira;
genio es que me anima mi entusiasmo santo
la sed del bien, el corazón mi lira.

Canto el amor entre los pueblos; canto
el ideal que a un siglo de oro aspira.
¡Gloria sin fin a su labor cristiana!
¡Paz y ventura a la familia humana!

Grave y altivo, como el noble Dante,
fui por los mundos que la muerte encierra;
de pueblo en pueblo, trovador errante,
cantando amor recorreré la tierra.

E iré después, desconsolado amante,
a santa cita, que mi ser no aterra,
de alma que aún lloro... a recibir el tierno
eterno beso del amor eterno...

"¿Quién, en el habla castellana, ha presentado un cuadro de más intensa grandeza y emoción que Cisneros al describir en su *Aurora Amor* la impresión del hombre primitivo, desorientado y fugitivo ante el mar infinito, y que luego, enérgico y valeroso, lo conquista con su esfuerzo y por su genio?

.....

"Ricardo Palma, el Director de la Academia Peruana, es el insigne tradicionista de quien puede hablarse como si fuera ya del pasado, porque ha alcanzado en vida el derecho a la inmortalidad. Su fama ya no sólo pertenece al Perú, pertenece a América, pertenece a España, pertenece a todas las tierras de habla castellana. La consagración de su gloria es definitiva. Las *Tradiciones* de Palma son cuadros exquisitos de perfección insuperables, en los que el más brillante y rico ingenio

criollo ha hecho la evocación maravillosa de la Colonia y del pasado de la República, de los conquistadores, virreyes, gobernantes, inquisidores, obispos, frailes y clérigos, oidores, españoles, criollos, mestizos, en su vida verdadera, en sus impulsos, sentimientos y pasiones, revelados ante nuestra vista absorta con tal intensidad, relieve, colorido y sensación, que muy fundadamente dice el gran crítico español Juan Valera que "no hay historia grave, severa y rica de documentos fehacientes que venza a las *Tradiciones* de Palma en dar idea clara de lo que fué el Perú hasta hace poco y en presentar su fiel retrato".

"La visión prodigiosa de Palma ha levantado el espeso velo convencional con que se ocultaba la historia interior de la Colonia a través de los discretos y solemnes escritores del Virreinato, y ha hecho surgir, desnuda y vibrante, el alma de la Colonia, viviendo su verdadera realidad, dominada por tres sentimientos fundamentales: el de su vida religiosa, ardiente, imperiosa y pomposa; el de su vida social, sentimental, voluptuosa, galante y opulenta, dada a los goces y a la despreocupación, y sacudida, a la vez, por intensas y trágicas pasiones, y el de sus luchas y sus discordias, que, bajo la apariencia de inmovilidad de la Colonia, agitaba a los conquistadores, los gobernantes y los criollos; atravesaba los muros de los conventos de los Capítulos, elecciones religiosas, universitarias, civiles, choques de disputados intereses y ambiciones, que incendiaban las almas y que dividían a los hombres.

"Palma en la literatura peruana, como Cervantes en la española, ha unido al mismo tiempo, en su arte literario, toda la gracia y la agudeza del ingenio criollo, en su habla espontánea y popular, al refinamiento y a la distinción del lenguaje culto y esmerado, que dan a su estilo y a su arte una frescura, un encanto y un primor imponderables.

"Con estas cualidades ningún otro escritor americano tiene en su género la invención personal de Palma y todas las imitaciones, aquí y en el extranjero, quedan descoloridas ante el modelo del maestro eximio, porque el valor de las *Tradiciones* de Palma, no sólo se halla en el fondo que contienen y en la forma por él adoptada, sino en el arte, en el estilo y en el lenguaje propios e inimitables del más genuino y alto representante del genio nacional, de brillante imaginación, de exquisita sensibilidad, de un poder asombroso de asimilación y reproducción de la voluptuosidad sensoria del color, de la imagen, y simpatía; con una agudeza, un chiste y una sátira espontánea, finísima e inagotable, que hacen de las *Tradiciones* de de la luz y de la vida, con un atractivo incomparable de gracia

Palma la obra más original y creadora de nuestra historia literaria.

”¡Honor al maestro egregio! Sobre el afecto y la admiración personal, siento por él, en su noble ancianidad, la veneración patriótica que inspira el espíritu excelso que enaltece a un país.”

“Señores :

”La vida intelectual de un país es expresión íntima de su espíritu, que interpreta lo más hondo de su historia y de sus destinos, porque en ella encarnan el genio de las razas y sus sentimientos y sus caracteres permanentes, porque las ideas poseen un poder radiante que descubre y que ilumina las energías y misterios del corazón y del pensamiento y porque ellos despiertan y desenvuelven las fuerzas creadoras que forman y que elevan el alma colectiva de las naciones.

”La grandeza material de España, descubridora y conquistadora de mundos nuevos e inmensos, tuvo al fin que rendirse al peso sobrenatural de empresas y de obras que sobrepasaban las medidas y los equilibrios humanos y su duración en la Historia; pero la obra espiritual de su genio sobre las ruinas de los siglos perdura eternamente en su lengua, en la que continúan pensando y hablando los pueblos de la América española y proclamando su majestad y su grandeza.

”En nuestro país, penetrando en su verdadera vida intelectual, descúbrense también los elementos y los caracteres de su alma y de su historia, que sugieren reveladoras y profundas reflexiones y hablan, a la vez, a nuestro corazón y a nuestra mente un lenguaje de honda simpatía y solidaridad nacional y le enseñan asimismo que, cuando la vida intelectual en el Perú ha tenido la orientación y el impulso que le dieron los monarcas españoles Felipe V y Carlos III, y los virreyes Gil de Taboada y Abascal, surgieron en esta tierra peruana pléyades de hombres superiores, que transformaron su intelectualidad, su cultura, sus ciencias y sus letras; que crearon el nuevo espíritu nacional, que le dieron su organización democrática y extendieron su merecida fama, no sólo hasta las fronteras de su país, sino que, cruzando los mares, causaron en América y en Europa profunda admiración.

”Dentro de nuestra historia seculares vínculos y muy justos reconocimientos nos ligan a nuestra madre España, y con ellos honramos hoy el genio de su lengua y de su obra perdurable y gloriosa en nuestra vida intelectual; noble empeño por el que debemos trabajar, persuadidos de que los esfuerzos, las aspiraciones, los ideales, aquellos que parecen los más alejados

de los intereses materiales e inmediatos, son los que van más allá de la vida efímera y transitoria y los que representan las fuerzas espirituales superiores que ligan a los hombres y a los pueblos a través del tiempo y del espacio.”

Terminada la lectura de esta hermosa pieza literaria, en medio de grandes aplausos, el Presidente de la República declaró instalada la nueva Institución con el siguiente

DISCURSO DEL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

“Señores académicos:

”Señores:

”Es motivo de especial complacencia para mi Gobierno esta ceremonia inaugural de la Academia Peruana correspondiente a la Real Academia Española.

”La reorganización de este Centro intelectual de tan elevada cultura no es una mera ritualidad ni un acto protocolario desprovisto de significación y eficacia. Desde que Felipe V, apenas calmadas las turbulencias de la guerra de Sucesión, que tan hondamente perturbaron la vida española, creó la Real Academia de la Lengua, concediéndole regalías y primicias, este Instituto fué centro dinámico de agitación espiritual que recibió la adhesión activa de los apóstoles de la Ciencia. de los doctos del Arte, y la consagración unánime del respeto y favor públicos. Y es que en el transcurso del tiempo, y ante la complicación creciente y tumultuosa de la vida de las naciones y de las razas, no podía dejar de crecer en importancia una institución cuya misión consiste en conservar la pureza de la lengua castellana, fijarla sobre bases firmes y aumentar el esplendor a que le dan derecho la excelsitud de sus orígenes, el prestigio de su literatura y la considerable extensión que en porvenir no lejano han de darle al habla española estos pueblos americanos.

”Débil y humilde al comienzo de su existencia—como todo organismo recién iniciado a la vida—, la Real Academia Española, a semejanza de lo acontecido a la Academia Francesa, iniciada como simple Sociedad particular, para tomar carácter de Institución de Estado bajo el reinado de Luis XIV, afianza su desarrollo rápidamente, aumenta su influencia, acrecienta

y expande su esfuerzo, extendiendo su zona de acción al mundo americano, laborando la unidad y la corrección literaria del idioma a través de los inmensos territorios que ocupa, procurando constituir la hermandad espiritual de la gran familia ibero-americana, que desde las costas del Cantábrico se extiende hasta los confines del Arauco.

"Bien hizo la Academia Española en preocuparse cuarenta años ha en extender su influencia a estas Repúblicas hispano-americanas, intentando la fundación de Academias americanas del idioma. Si, merced a las vicisitudes de la historia agitada de estas nacionalidades, el esfuerzo realizado entonces no produjo muy abundantes frutos para la cultura literaria, las condiciones de la vida moderna, la estabilidad institucional alcanzada en estos países, la posibilidad en que se encuentra hoy el espíritu humano de realizar en América obra tranquila de educación y cultura, son circunstancias que auguran días de esplendor y prosperidad para la Corporación que hoy reanuda sus tareas.

"La obra que ha de realizar la Academia Peruana es vasta y trascendental. Para conservar la fuerza y unidad del idioma castellano, exigencia primera para este Centro de cultura, hay en los Estados americanos graves dificultades que vencer. Todo idioma presenta multitud de aspectos vulgares o variaciones locales, giros, modismos y voces, que varían de nación a nación, y que es menester disminuirlas constantemente; pues si esta devastación y barbarie intensificaran sus efectos sobre el idioma la disgregación sería inevitable y la fuerza del lenguaje se perdería en oprobioso vulgarismo. Pero, al mismo tiempo, no es posible admitir que el lenguaje se convierta en una creación inmutable, reñida con las leyes del progreso y de la vida. La Academia Española no es para el idioma el tribunal inquisitorial que condena sin piedad toda dicción que se aparte de los cánones inflexibles del léxico tradicional. Es menester huir a todo trance del vulgarismo, pero también es urgente percibir y recoger las corrientes poderosas de renovación; depurarlas, propagarlas, verificando incesantemente la compenetración del lenguaje con las exigencias filológicas dictadas por las peculiaridades étnicas y geográficas del mundo americano. De esta doble exigencia de purismo del idioma y renovación del mismo surge la dificultad de precisar un criterio de selección, que no podrá ser: ni el criterio lógico, abandonado por anacrónico; ni el criterio histórico, opuesto a la renovación, sino el criterio estético, que, ante todo, atiende a las inspiraciones del buen gusto. Para realizar esta obra, nuestra Academia cuenta con direcciones felices y atinadas, que

supieron trazar notables filólogos y literatos americanos. Depurará el idioma de impropiedades y barbarismos, editando y publicando catálogos censorios semejantes a aquellos que publicaron Rufino Cuervo y Andrés Bello, y luchará afanosamente hasta obtener la aplicación del léxico con aceptables neologismos y americanismos, continuando la acertada labor que con igual propósito realizó en España hace algunas décadas el insigne escritor señor don Ricardo Palma, y que le valió el justo aplauso de Castelar, Campoamor, Cánovas, Valera, Castro y Serrano, Balaguer y Núñez de Arce. Dentro de este criterio corresponde también a la Academia Peruana la continuación indispensable del *Diccionario de peruanismos* iniciado por el erudito Pedro Paz Soldán y Unánue.

"Sin perjuicio de esta labor, la Academia Peruana cumplirá seguramente excelsa y urgentísima misión de dirección literaria en el país. El desconocimiento de preceptos y cánones literarios, el culto de la sensación y la excesiva liberalidad de fondo, forma, concepto y expresión que caracterizan al modernismo en el arte, fomentan el exotismo y predisponen el espíritu a favor de extravagancias y extravíos de mal gusto. Vive nuestra juventud literaria un tanto desconcertada, en peligro de perder la orientación estética ante el cosmopolitismo literario predominante y la selección personal de modelos que realiza sin otro criterio que la predilección determinada por el temperamento individual. Es cada vez más urgente reaccionar ante esta situación; volver la vista y poner nuestra esperanza en los maestros clásicos de la literatura castellana, cuyos prestigios brillan con mayor intensidad a medida que más se alejan de nuestro tiempo y del desorden literario de nuestros días. La Academia Peruana va a ejercer así el supremo control estético, cooperando eficazmente en la obra de educación pública del Perú.

"Dada la importancia de la obra que ha de realizar esta Academia, mi Gobierno se propone dispensarla amplia protección. La civilización de las naciones se juzga y aprecia, no sólo por los progresos materiales que alcanzan, sino por la superioridad moral y espiritual que logran conquistar. La Institución que hoy reanuda sus labores contribuirá preponderantemente a difundir el apostolado del Arte, elevando a la colectividad a las nobles y superiores preocupaciones del espíritu. Ella es, en consecuencia, un exponente de alta cultura que enaltecerá al país.

"QUEDA INAUGURADA LA ACADEMIA PERUANA CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA."